

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

consagrado à la

VÍRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

Núm 543

Alicante 30 de Abril de 1881

Año XII.

## EL DESPRENDIMIENTO CRISTIANO.

La economía política, esa ciencia que desarrollada admirablemente en nuestros días, viene desempeñando un papel tan importante en la administración de los pueblos, ha hecho un gran bien á la humanidad.

Prescindiendo del interés científico que pueden tener sus elevadas discusiones sobre el capital y la propiedad, sobre la producción y el consumo, no ocupándonos del valor de las teorías proteccionistas ó del sistema del libre cambio, y hasta olvidando los nombres de sábios distinguidos que han autorizado esos sistemas, cualquiera que sea el valor que se dé á estas doctrinas, hay siempre una enseñanza que debemos consignar cuidadosamente y que puede espresarse en esta proposición: La ciencia que trata de la ri-

queza en general, no ha podido hacer feliz al hombre.

Y es tan clara esta verdad, que está escrita con caracteres indelebles en nuestra historia contemporánea. Las evoluciones de los imperios, las vicisitudes que han atravesado las sociedades europeas, han producido malestar, y malestar profundo, que no puede ni ha podido curarse con las prescripciones de los sábios. No debemos culpar la ciencia, por cuyas verdades sentimos profundo respeto, pero no podemos cerrar los ojos ante su impotencia para llevar la felicidad á que aspiran los pueblos. No culpamos la ciencia, pero sentimos profunda pena al ver que sus teorías no pueden extinguir la llaga del pauperismo; y que á su sombra muchas veces se olvida que el desgraciado es hermano del que vive en la opulencia.

Hay en nuestra Religión una teoría sencilla, que puesta en práctica

nos daría infaliblemente el resultado. Todos la conocemos; sin embargo, es preciso recordarla.

El hombre no ha nacido para los goces de la materia. Si Dios le ha concedido riquezas, está obligado á conservarlas, pero no ha de olvidar que estas son un medio para llegar á su santificación. Las riquezas pueden cambiarse por lágrimas, enjugadas con un poco de oro que, depositado en la mano del pobre, es un tesoro de incalculable valor. No queramos amontonar riquezas en esta vida donde el ladrón puede robarnos y hacer desaparecer nuestro oro; amontonemos riquezas para el cielo, donde nadie puede arrebatarnos su posesión. ¡Qué doctrina tan sublime! No hay aquí grandes palabras, ni lujo fastuoso de ciencia; pero ¡hay tanta verdad, tanto conocimiento de nuestra miseria!

No pretende nuestra adorable Religión borrar la línea divisoria entre las posiciones sociales; no quiere los delirios de un socialismo desenfrenado é imposible. Quiere que los ricos se santifiquen con sus riquezas: y eleva la pobreza á la categoría de virtud, para enseñar al mendigo que su destino no está en este mundo. Quiere que los poderosos comprendan cuán poco vale un puñado de oro, sujeto á todas las vicisitudes, á todas las miserias de la vida; y para hacer productivos sus tesoros, y para asegurarlos eternamente, les en-

seña que deben depositarlos en las manos del necesitado. De esta manera las riquezas se trasforman en títulos que dan derecho á la posesión de Dios.

No encontramos nada tan grande como esta doctrina, porque vemos en ella una cosa tan sobrenatural, tan á propósito para la felicidad del mundo, que seguramente su práctica haría desaparecer todos nuestros males. Significa la felicidad para el pobre y para el rico, resolviendo por consiguiente el gran problema de todos los tiempos, llevar el bienestar á todas las clases de la sociedad. Y para conseguir este resultado, no apela como hemos visto, á grandes medidas, capaces de perturbar la paz de los imperios; conténtase con decir al rico que sea cristianamente desprendido, y al pobre que sufra con resignación su miseria. Practicada esta doctrina, resulta infaliblemente la felicidad para el Estado, porque acaban las clases menesterosas y las tiranías de la avaricia, quedando solo la armonía de una acción y una reacción recíprocas.

Resulta el bien para el individuo, porque los beneficios dispensados al pobre hacen nacer en su corazón la gratitud, y esta puede llegar hasta el heroísmo. Por manera que al contacto de esa virtud celestial, el hombre dejaría de ser esclavo de la materia para levantarse á la altura que

debe, á la dignidad que le ofrece el cristianismo.

Pero no es esta sola la ventaja producida en el mundo por la virtud del desprendimiento; satisface tambien otra gran necesidad del género humano, la necesidad de unidad. Para constituir las sociedades se necesitan vínculos; la avaricia destruye estos vínculos. Cuando los sentimientos se encuentran sustituidos por la pasión del dinero, hay necesariamente repulsion entre un hombre y otro hombre, porque al mirarse mutuamente ven solo un lazo en que se pretende sorprenderles para esplotarles, para convertirles en dinero. Por esto toda sociedad inficionada por la avaricia es una sociedad artificial, monton de cadáveres, sin más vínculo que el contacto material indispensable. Allí no puede haber unidad, porque falta el principio que une y que relaciona; hay solo pasiones opuestas, que en su violento choque producen la ruina del orden social.

Cuando se haga desaparecer la avaricia en el seno de las sociedades, esa repulsion desaparecerá tambien; las riquezas, lejos de ser, como hoy, la manzana de la discordia, que mantienen rivalidades y ódios eternos, vendrán á ser el signo práctico de la caridad, la manifestacion del amor que debe reinar entre los hombres.

Acaso alguno pudiera hacer una

observacion sobre la materia que vamos exponiendo. Sin que tuviera el mérito de la novedad, podria repetirse el argumento vulgar con que generalmente se contesta á las enseñanzas de la Religion: «Es verdad, dicen; esa doctrina realizada reproduciria la edad de oro; pero por ser muy bella no es más realizable, dadas las condiciones del corazon humano.»

Hé aquí formulado un argumento que supone la ignorancia del corazon humano y del espíritu de nuestra Religion. ¡Que es imposible el desprendimiento dadas las condiciones del hombre! ¿Pues qué, el cristianismo, no ha venido á destruir esas condiciones, cuando son las condiciones del vicio que nos degrada? ¿Pues qué, sobre la voz de las pasiones, no está la libertad humana bajo la salvaguardia de la gracia divina? ¡Que es imposible destruir la avaricia! Busquemos la raiz de esa imposibilidad, y la veremos en el egoismo, en el abandono del hombre á los malos instintos. ¿Pueden estos ser dominados? Entonces confesemos, mal que nos pese, que las desgracias, los dolores y el malestar en que nos sume la avaricia, son obra de nuestra propia voluntad.

Aún podemos convencernos más de esta verdad, descendiendo de las consideraciones generales que vienen ocupándonos á casos prácticos

que, realizados en nosotros mismos, tienen la ventaja de impresionarnos más, porque están íntimamente presentes á nuestra conciencia.

Todos en mayor ó menor escala hemos practicado alguna vez, ya con una forma, ya con otra, la consoladora virtud de la generosidad cristiana. Es preciso recordar lo que en aquellos momentos pasó por nosotros.

Era acaso una de esas noches de invierno en que hace mucho frío; estábamos en nuestra casa sin esperar á nadie; nos hallábamos quizá con muy pocos recursos para cubrir las necesidades de la vida; pero llegó á nosotros un honrado padre de familia, diciendo que sus hijos tenían hambre y le pedían un abrigo que no podía darles. Luchamos un momento con la prudencia del egoísmo, que nos aconsejaba no desprendernos de lo que mañana nos haría falta quizá; pero venció el sentimiento de la compasión, y tuvimos valor para compartir con el desgraciado padre de familia el pedazo de pan destinado á nuestro alimento. Cuando al despedirse de nosotros rodó sobre nuestra mano la lágrima de gratitud arrancada por el beneficio, ¿no experimentamos una de esas satisfacciones que valen más que todas las riquezas, porque no pueden comprarse con el oro? ¡Cuán dulce es quedarse dormido, y que al bendecir á Dios, que nos ha dado un corazón

capaz de amarle, cuando se pronuncia la última plegaria de la noche, al repetir el nombre de la Madre de Dios, que es también nuestra madre, cuán dulce es entonces oír la tranquila voz de la conciencia, que nos dice: ¡Contigo está la bendición de Dios, porque has hecho bien á tu hermano!...

Midamos la diferencia entre esos goces y los del avaro. Ser repugnante, que vive de lágrimas y de sufrimientos; vampiro miserable que se alimenta con la sangre del pobre, lleva en su frente un sello que le hace ser mirado con horror y desprecio. Su sueño agitado servirá solo para hacer que crucen por su imaginación los espectros de sus víctimas. En su corazón han muerto las dulces afectaciones; en su cabeza no pueden germinar las ideas grandes; todo en él es pequeño, porque su vida entera gira en torno de un puñado de oro. Cuando llegue el término de esa vida, habrá empezado para él su verdadera y eterna desgracia; solo podrá legar un alma degradada al lugar de la expiación, y al mundo un nombre cubierto de abominación.

Aún la generosidad cristiana posee más encantos; todavía podemos descubrir una nueva página en ese libro inagotable. Ella viene á satisfacer una de las necesidades de nuestra alma. Por más que se pretenda borrar en nosotros los sentimientos naturales, de lo más profundo de la

conciencia se levanta siempre una voz poderosa como eco de las desgracias que pasan en torno nuestro. ¡Desgraciado el que no oiga esa voz; su alma habrá perdido ya el último vestigio de la imágen de Dios!

La virtud opuesta á la avaricia facilita el camino para satisfacer esa noble aspiracion. Una moneda sustraída á nuestras necesidades y destinada á las de nuestros hermanos, produce satisfacciones inmensas; porque Dios, al constituirnos en gran familia, estableció tambien el vínculo que debia unirnos, y puso en el corazon de cada hombre el amor hácia sus semejantes. Los que matan esa afecion, contradicen la obra de Dios, niegan su providencia, maldicen su nombre venerando. Por eso el desprendimiento en favor de los demás produce dulce satisfaccion á nuestra alma, porque es el cumplimiento de un deseo natural escrito por Dios en el fondo de la conciencia humana.

Terminemos con una reflexion tan sencilla como concluyente para demostrar la verdad que nos ocupa. Nuestra felicidad temporal no puede nunca estar en oposicion con la felicidad eterna á que estamos destinados. Unicamente podrá hacernos felices en esta vida lo que contribuya á dirigirnos por el camino que Dios nos ha marcado. Y si el término de nuestra carrera temporal está más allá de esa bóveda azul que se dilata

sobre nuestras cabezas; si un día nuestro espíritu, desprendido de la materia, ha de cruzar regiones inmensas de luz inestinguible, de claridad infinita, ¿podrá cifrarse nuestra felicidad en unas cuantas monedas, podrá enjugar nuestras lágrimas el sonido del oro, acopiado á precio de interminables fatigas? No abriguemos esta preocupacion, que sobre ser anticristiana, envolveria el más incomprendible de los absurdos.

Cuando tengamos la conviccion de que es necesario ser desprendidos, nos falta aún algo que hacer. No basta conocer; el objeto práctico del conocimiento es la accion, y en vano el cristianismo presentaria la más pura de las doctrinas si sus hijos se contentaran solo con admirarla. Es necesario que en este sentido hagamos una fuerte oposicion á nuestro siglo, siglo de bellísimas teorías y de costumbres depravadas.

Es preciso practicar el bien que conocemos; es preciso buscar la felicidad en el ejercicio de las virtudes, en el desprendimiento de ese polvo pesado de la materia que impide á nuestra alma volar por las regiones del bien.

Los que poseen una fortuna, los que viven en la opulencia, deben tener presente que cerca de sus palacios hay lágrimas que enjugar y necesidades que satisfacer. Los pobres que comen un pedazo de pan en medio de los sinsabores de la

miseria, no han de olvidar que la pobreza tambien puede ser generosa. Los que ciñen su frente con los emblemas de la ciencia, pueden distribuirla tambien, haciendo que sus beneficios lleguen á los demás. Matemos en nosotros el deseo de adquirir para nosotros. Seamos todos para todos; haya ese desprendimiento generoso que enseña nuestra Religion, y entonces formaremos una gran familia, familia de hermanos queridos, sin ódios, sin rivalidades, sin más pretensiones que llegar unidos por los vínculos del cariño fraternal hasta el último desarrollo posible en las sociedades vivificadas por el cristianismo.

*J. H.-Ardieta.*

## UN APÓSTOL DE LA CARIDAD.

Entre los muchísimos con que se honra el catolicismo, única religion que los produce, ocupa uno de los primeros puestos en los tiempos modernos. San Vicente de Paul. Nacido en las Landas, en Francia, el 24 de abril de 1576, y despues de haber en sus primeros años guardado el rebaño de su pobre padre, algunos religiosos que tuvieron ocasion de conocer su bondad y su vocacion para el estado eclesiástico, se encargaron de educarle y de prepararle

para el sacerdocio. Francia sufría á la sazón el azote de la guerra civil y religiosa con todas sus funestas consecuencias, las devastaciones, el hambre, los saqueos, incendios y homicidios.

Los poderosos de la tierra y los ejércitos multiplicaban los infortunios; Vicente, abrasado en el amor de Dios y por él en el de sus semejantes, con sus soldados de la caridad, á quienes habia sabido comunicar su santo celo, aligeraban ó consolaban á los que los padecian. Los desgraciados acudian á él, y él llamaba á la puerta y al corazón de los grandes y de los ricos á fin de poder socorrerles en su miseria. Sabiendo que en la Lorena habia muchos infelices que se morian de hambre, recogió y pudo enviar á dicha provincia la considerable suma, recogida toda de limosnas, de seiscientos mil francos. En otra ocasion remitió á la Champaña y á la Picardía, devastadas por los ejércitos, comida y vestidos, dinero para reedificar las cabañas arruinadas, instrumentos de labranza y granos para la siembra ¡Tan ingeniosa es la caridad y tan inagotables sus tesoros!

Como muchas madres, obligadas por la necesidad tuvieran que desprenderse de sus hijos por no tener con que alimentarlos, dejándolos á veces abandonados en medio de la calle, donde morian no pocos de hambre ó de frio, ó en las puertas de

las iglesias y de los conventos, Vicente de Paul recogia aquellas tier-  
nas criaturas, las llevaba á un sitio  
que dispuso para ello, donde tenia  
amas de cria asalariadas para que  
las alimentasen, bajo el cariñoso cui-  
dado y la discreta vigilancia de las  
llamadas *Hermanas de la Caridad*,  
que habia á este fin instituido; con-  
gregacion admirable compuesta en  
gran parte de señoras piadosas.

---

## MOSAICO.

---

Ha regresado á esta capital don  
Vicente Calatayud, catedrático de  
este Instituto.

De una carta de Roma de fecha  
20 de los corrientes, tomamos los si-  
guientes párrafos:

«El día de Pascua llegó á Roma el  
embajador de Rusia en Viena, señor  
d'Oubril. Viene á notificar oficial-  
mente al Sumo Pontífice el adveni-  
miento del emperador Alejandro III.  
Al día siguiente fué á ver al Carde-  
nal Jacobini, quien se lo pagó en el  
inmediato, y hoy miércoles, el señor  
d'Oubril, ha ido en tren de gala á  
presentarse á Su Santidad.

En prevision de llegar á un acuer-  
do completo con Rusia, se ha retra-  
sado la reunion consistorial que se-  
gun se habia anunciado, debia ha-

ber tenido lugar en la Pascua. El  
Sumo Pontífice desea vivamente que  
las dificultades actuales desaparez-  
can. En ese caso, el Consistorio ten-  
dria lugar á las inmediaciones de la  
fiesta de Pentecostés, y el Papa pro-  
veerá de titulares las Sedes vacantes.  
Su Santidad ha dado en persona es-  
ta noticia á los Cardenales, al pre-  
sentarse para felicitarle, con motivo  
de las Pascuas.

Tambien ha anunciado que se  
proponia delegar oficialmente al car-  
denal Schwarzenberg, Arzobispo de  
Praga, para dar la bendicion nupcial  
al príncipe imperial de Austria y á  
la princesa Estefanía.

Muchos católicos extranjeros de  
paso en Roma, han sido recibidos en  
audiencia por Su Santidad. Entre  
ellos citaré el Sr. Chesnelong, á  
quien ha felicitado el Sumo Pontífice  
por el discurso que ha pronunciado  
en Lyon acerca de la libertad de en-  
señanza.

El domingo que viene tendrá lu-  
gar una nueva reunion en el Vatica-  
no de todas las secciones de la So-  
ciedad Romana para los intereses  
católicos.»

---

Leemos en *La Andalucía* de Se-  
villa:

«Leon XIII ha telegrafiado al se-  
ñor Arzobispo de Valencia poniendo  
á su disposicion 8.000 reales para  
que los distribuya entre los inunda-

## CULTOS RELIGIOSOS.

dos de esta capital; con este motivo el referido Prelado ha resuelto abrir una suscripción entre el clero, cuyos productos se destinarán al socorro de las clases que más han sufrido en la reciente calamidad; dicha suscripción asciende según nuestras últimas noticias, á 21.500 rs.

El comité diocesano de las escuelas cristianas de Paris dirige un nuevo llamamiento á la caridad de los católicos. Se trata de asegurar el porvenir de la *Obra* y de completarla. En los dos años que lleva fundada se han gastado más de 6 millones de francos; sólo el comité diocesano ha recogido 802.000 francos de donativos. El resto ha sido proporcionado por los comités parroquiales que han tomado sobre sí la obligación de pagar deudas considerables para que no cesaran nuevas fundaciones. Gracias á una especie de rivalidad de sacrificios han podido abrir 118 escuelas libres católicas para reemplazar á las 136 cerradas por el gobierno. De los 33.372 alumnos con que contaban las 136 suprimidas, han venido 29.131 á probar las 118 nuevas. La diferencia, pues, de 4.241 discípulos menos responde á la de los 13 establecimientos que aún no han podido ser organizados. Pero visto ya lo que los católicos franceses han hecho hasta ahora, no puede dudarse que sabrán en poco tiempo llevar á buen cabo sus propósitos.

Hoy sábado, en la Colegial á las ocho, y en Santa María á las nueve, misa de la Virgen.

En la Colegial se dará principio al ejercicio del Mes de Mayo dedicado á la Virgen. Todos los días de fiesta será después de terminado el Coro por la tarde; los demás días será á las seis.

En la iglesia de Religiosas Agustinas se empieza también el Mes de María esta tarde. Será todos los días á las cinco. También habrá en los sábados Felicitación Sabatina.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve menos cuarto, misa conventual. Por la tarde Mesada del Rosario con sermón que predicará don José Juliá, capellán de las Agustinas.

En las Capuchinas, á las siete y media, comunión general de la Asociación del Corazón de Jesús, y por la tarde ejercicios á las cinco.

En este día también á las siete de la mañana saldrá solemnemente Su Divina Majestad para los impedidos.

Jueves.—En la iglesia de Capuchinas, á las cuatro, trisagio.

---

ALICANTE:

Imprenta de Antonio Seva,  
plaza del Progreso, n.º 5.